

Bx2177

C7

1847

V-7

NOVISIMO AÑO CRISTIANO

Ó EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSANT

de la Compañía de Jesús

y traducido al castellano

POR EL P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA

de la misma Compañía



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON



NOVISIMO

AÑO CRISTIANO,

Ó EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

JULIO.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

LA OCTAVA DE SAN JUAN BAUTISTA.
LA DICHOA MUERTE DE SAN AARON, primer sacerdote del orden Levítico, en el monte Hor. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES JULIO Y AARON, en Inglaterra, que padecieron despues de S. Albano en la persecucion de Diocleciano: en cuyo tiempo otros muchos santos también padecieron allí diversos y crueles tormentos con que consumaron el martirio y pasaron á los gozos de la Jerusalem celestial.

EL MARTIRIO DE SAN RUMOLDO, hijo del rey de Escocia y obispo de Dublin, en Malinas. (Este Santo habiendo renunciado ya desde muy jóven las pompas del mundo, hizo un viaje á Roma á fin de recibir mision del primer pastor de la Iglesia para llevar la luz de la fe á diferentes regiones de Europa. En consecuencia fué ordenado obispo regionario, esto es, sin determinada silla, y convirtió innumerables infieles en los alrededores de Malinas, de Lierra y Anvers. Murió mártir

de su zelo á manos de dos hijos de Belial, á uno de los cuales habia reprendido el Santo por un adulterio, en el año de 775.)

LOS SANTOS MÁRTIRES CASTO Y SECUNDINO, obispos, en Sinuesa. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN MARTIN, obispo, discípulo de los apóstoles, en Viena del Delfinado. (Fué consagrado obispo por S. Pedro y enviado á las Galias, y fijando su residencia en Viena fué el apóstol y el fundador de aquella Iglesia.)

SAN GALO, obispo, en Clermont de Auvernia. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LA DICHOSA MUERTE DE SAN DOMICIANO, abad, en el territorio de Leon de Francia, el primero que hizo en aquel país vida eremitica; y habiendo atraído á muchos á que sirviesen á Dios en la soledad, esclarecido en grandes virtudes y milagros, en santa vejez pasó á la compañía de los Santos.

SAN TEODORICO, presbítero y discípulo de S. Remigio obispo, en territorio de Rheims.

SAN EPARCHIO, abad, en Angulema.

SAN SIMEON, confesor, llamado el *Simple*, en Emesa; el cual se fingió demente por amor de Jesucristo; pero Dios manifestó su profunda sabiduría por medio de grandes milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LA DICHOSA MUERTE DE SAN TEOBALDO, ermitaño, en Vicenza, descendiente de los condes de Campaña; al cual canonizó el papa Alejandro III por su gran santidad y milagros.

SAN CASTO Y SECUNDINO, MÁRTIRES.

Los admirables prodigios que se dignó obrar el Todopoderoso por medio de S. Casto y Secundino para confusión del gentilismo en tiempo que el impío Diocleciano suscitó contra la Iglesia una de las mas sangrientas persecuciones que padecieron los fieles, hicieron célebre la memoria de estos dos ilustres mártires de Jesucristo en todo el orbe cristiano, cuyas actas refiere la iglesia de Gaeta en los siguientes términos:

Quejaronse agriamente los sacerdotes gentiles al emperador Diocleciano sobre la diminucion del culto y sacrificios de los dioses romanos, nacida de la multitud de idolatras que se convertian á Jesucristo á virtud de la predicacion de Casto y Secundino, convencidos de los muchos milagros con que confirmaban su doctrina evangélica. No oyó con indiferencia aquel príncipe, adicto á las supersticiones paganas, semejante delacion, que en su concepto era la mayor criminalidad que podian cometer sus súbditos. Dió orden al momento al presidente de Campania, llamado Curbo, hombre bárbaro y cruel, zeloso como ninguno del culto

de sus idolos, para que castigase severamente á Casto y Secundino. Buscóles sin dilacion este tirano, y habidos en su presencia, comenzó en tono airado á reprender sus procedimientos contra las leyes del imperio, previniéndolos, ó que sacrificasen á los dioses romanos, ó que se dispusiesen á morir á fuerza de esquisitos tormentos.

Oyeron los Santos con tranquilidad de ánimo la agría reprehension del presidente; pero despreciando con valentia de espíritu sus amenazas, le respondieron: que siendo siervos del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra, no podian adorar á los falsos dioses, representados en vanas estatuas. Irritado el tirano con tan generosa respuesta, mandó ponerles en una dura prision, con orden de que no se les diese cosa alguna de comer ni beber; pero el cielo les surtió abundantemente por ministerio de un ángel. Pasados algunos dias les hizo comparecer á su tribunal, y pareciéndole que para rendir á unos hombres de aquel carácter, seria medio mas poderoso la urbanidad, que el rigor, principió á reconvenirles, que estrañaba mucho de su nobleza, que hiciesen mérito para ser castigados públicamente; añadiéndoles por último, que en el caso de resistirse á sacrificar á los dioses romanos, les mandaria arrojar á los leones. Ejecutólo así no habiendo condescendido los mártires con su pretension; pero olvidándose las fieras de su condicion, se postraron á los pies de los Santos, lamiéndoles en ademan de veneracion, cuyo prodigio contribuyó no poco á la conversion de muchos paganos.

Volvieron los ministros á la prision á Casto y Secundino, los cuales suplicaron al Señor se dignase tener de ellos misericordia, y confortarles para el combate con los enemigos de la fe. Concluida esta oracion descendió sobre ellos una brillante luz, y de ella se oyó una voz que les decia: *La paz sea con vosotros, esforzados militares; no temais las asechanzas del demonio, ni los tormentos del inicuo juez, ni de sus ministros; pelead fuertemente, que yo estoy con vosotros, hasta introducirlos en la eterna mansion, donde permaneceréis sin fin con vuestros hermanos.* Concurrió al calabozo una multitud de creyentes en Jesucristo á visitarles, de lo que mas irritado el presidente, haciéndoles comparecer tercera vez á su presencia, insistió con tenacidad en el empeño de que sacrificasen á sus dioses, amenazándoles, que mandaria quemarles vivos en caso de resistirse.

Temán, respondieron los Santos, *á tu poder aquellos que temen incurrir en la ira de tus dioses; pero nosotros, en el nombre del nuestro no tememos á ti, ni al fuego temporal, pues tenemos á un buen Salvador de nuestras almas, que puede hacer*

que nos sirvan de refrigerio las llamas. Viendo el tirano el ningun aprecio que hacian los Santos de su conminacion, mandó encender una hoguera, y arrojarles á ella amarrados; pero bendiciendo á Dios los ilustres confesores en medio del incendio, le apagó maravillosamente un ángel del Señor. Admirado el tirano de tan repentino prodigio, y de que ni á un solo cabello hubiese ofendido el fuego, quiso atribuir la maravilla á las malas artes de que eran notados los cristianos por los gentiles en casos semejantes. Pero Casto y Secundino le hicieron ver, que estos milagros los obraba el verdadero Dios en favor de sus siervos para confusion de los enemigos de la verdad.

Mas y mas enfurecido el tirano con los discursos de los Santos, les quiso aterrar con que dispondria que sus ministros les quebrantasen los dientes á golpes de piedra, y que mandaria cortarles las lenguas, para que de este modo no pudiesen predicar á Jesucristo; lo que puso en ejecucion visto el desprecio que manifestaron los santos á tan terrible castigo. Vueltos á la prision, se presentaron al siguiente dia en el tribunal tan sanos, como si jamás hubieran padecido la mas mínima incision. *Decidme*, les preguntó el presidente, nuevamente admirado, *¿quién es vuestro Dios, en el que teneis tanta confianza, que os burlais de los nuestros sin temor de los tormentos? Nuestro Dios*, respondieron los Santos, *es el verdadero y omnipotente, que por su virtud crió al cielo, á la tierra y al mar, y á todas las criaturas, por quien subsistimos, del que tú estás separado.* Burlado el tirano á presencia de todos, no teniendo con que satisfacer á una tan justa, como racional reconvenccion, mandó azotarles cruelmente; pero haciendo los ilustres confesores oracion al Señor para que se dignase obrar uno de sus acostumbrados prodigios, capaces de manifestar que era el verdadero Dios, quedó el tirano ciego de repente.

Recurrió éste en semejante conflicto á sus dioses, fundando el mérito de sus súplicas en el zeloso ardimiento con que se interesaba en su culto; pero fueron en vano sus clamores, y la repeticion de sacrificios que mandó hacer en el templo de Apolo. Apeló á Casto y Secundino, quienes olvidándose de sus injurias, como verdaderos discipulos de Cristo, le restituyeron la vista, con el fin de que creyese que era solo verdadero el Dios de los cristianos. Quiso el ingrato atribuir el prodigio á sus falsas deidades; pero los ilustres mártires le dieron á conocer, que las estatuas mudas y sordas, hechuras de los hombres, eran incapaces de conferir á sus obras divinidad, como ni tampoco poder, ni virtud alguna para semejantes maravillas.

Desvelábase el tirano buscando arbitrios para rendir á los esforzados militares de Jesucristo, y entre sus cavilaciones se le ocurrió proponerles: *¿que si sacrificarian á sus dioses en el caso que hiciesen una milagrosa curacion?* Aceptaron el partido los Santos para demostrar con este motivo el ningun poder de los falsos dioses; y lisonjeándose el tirano haber conseguido su intento, mandó que llevasen á un hidrópico al templo de Apolo, y que hiciesen sacrificio los sacerdotes gentiles, á fin que sanase el enfermo; pero fué tan al contrario, que al presentarse los Santos cayó en tierra la fingida deidad, sucediendo lo mismo luego que colocaron el simulacro segunda vez en su trono, de quien burlándose los ilustres mártires, sanaron perfectamente al hidrópico en el nombre de Jesucristo.

Temeroso el tirano de alguna sedicion en el pueblo, declarado en favor de los Santos á vista de las repetidas maravillas que obraba Dios por medio de sus siervos, delegó la causa en su vicario con particular órden de que los obligase á sacrificar á fuerza de esquisitos tormentos. Aceptó el vicario la comision, y en su cumplimiento, como no produjese efecto la primera diligencia de perversion, mandó ponerles en un cepo de presos, atormentarlos allí hasta que negasen al verdadero Dios, y creyesen por tales á los ídolos. Pero orando los Santos, se levantó de repente tal tormenta, que huyeron los verdugos, y bajando del cielo un ángel del Señor los puso en libertad.

Convencido el vicario á vista de aquel prodigio, y de los que tenia ya oidos, que de nada aprovechaba el poder de sus dioses para rendir á los ilustres confesores de Jesucristo, en quienes visiblemente se dejaba conocer que obraba una virtud superior, les confesó ingenuamente, que á no temer la ira del emperador, y la de su presidente, creeria en el Dios de los cristianos, autor de tan estupendas maravillas. Hiciéronle ver los Santos cuanto perjudicaban estos respetos humanos á su eterna salvacion; y convencido, les ofreció convertirse, siempre que sanasen á un hijo que tenia paralítico. Para que conozcas, le dijeron los Santos, cuanta es la virtud de nuestro Señor Jesucristo, ve á tu casa, y dí al enfermo: *En el nombre del Dios que predician Casto y Secundino, levántate sano.* Hizolo así el vicario, y al momento recuperó la salud apetecida el paralítico, por cuyo milagro se convirtió éste con toda su familia, y otros muchos gentiles.

Supo el presidente Curbo el inesperado suceso con su vicario, y mandó conducirlo á su presencia preso con los Santos, á quienes amenazó de nuevo con que ordenaria apedrearles, si dilataban por mas tiempo sacrificar á los dioses romanos. Despre-

cieron Casto y Secundino con igual valor que en las ocasiones antecedentes, aquel castigo, que puesto en ejecucion, les cubrieron de piedras los ministros gentiles en un campo donde fueron llevados á este efecto; pero al siguiente dia se presentaron al tirano sin lesion alguna, para que conociese por aquel prodigio, ya que no por los anteriores, el poder del verdadero Dios, á quien adoraban los cristianos. Irritado mas Curbo con la nueva maravilla, mandó derretir plomo en una caldera, y echar en ella á los ilustres confesores de Jesucristo; pero estinguído el incendio, salieron de aquel suplicio mas puros que el oro del crisol. Creyeron en Jesucristo innumerables paganos á vista de tantos y tan repetidos portentos, por los que convencidos que solo era verdadero el Dios que predicaban Casto y Secundino, amenazaron al tirano con la muerte, si no desistia de atormentarles.

Temeroso el presidente de alguna sedicion del pueblo, ordenó volver á la cárcel á los Santos, y dió parte de todo lo ocurrido al emperador, quien, sintiendo los progresos de Casto y Secundino con mengua conocida del poder de sus dioses, envió una tropa de soldados á fin de que auxiliasen á las intenciones de su presidente, que alentado con el refuerzo, insistió como nunca en que sacrificasen los mártires, para lo cual dispuso que fuesen conducidos al templo de Apolo; pero habiendo hecho oracion antes de llegar á él, pidiendo á Dios que le arruinase con todos sus simulacros para mayor confusion de los gentiles, se verificó así con efecto, quedando sepultado en las ruinas el tirano, con los demás que contribuyeron á la muerte de los ilustres confesores. Fué aquel dia de un grande luto para los paganos, que resentidos de las desgracias que ocurrieron, se vengaron con decapitar á los Santos; los cuales lograron por este medio la apetecida corona del martirio en el 1.º de julio por los años 306. Recogidos sus cuerpos por los fieles, fueron sepultados en Sinuesa, ciudad de Campania, que fué el lugar de su glorioso combate, segun señala el Martirologio romano, bien que otros dicen lo fué Sesa en el arzobispado de Capua, entre esta ciudad y la de Gaeta, adonde se trasladaron sus reliquias, y se conservan en grande veneracion, acreditando Dios cada dia con repetidos prodigios la poderosa intercesion de sus fidelisimos siervos.

SAN SIMEON EL SIMPLE.

PARA confundir la vana sabiduría del mundo dispuso la divina Providencia enviar á él de tiempo en tiempo algunos siervos de Dios, tan dedicados á representarse insensatos al presumido



S. SIMEON EL SIMPLE.

concepto de los hijos de este siglo, como estos hacen estudio de ostentarse discretos á los ojos de los mundanos. Uno de estos fué el Santo cuya vida vamos á escribir.

Llamóse Simeon, y se le añadió el epíteto, ó por mejor decir, el apodo de *Salo*, voz que significa el *Simple*; y fué su nacimiento en Edesa, ciudad de Mesopotamia, en aquella parte de la Siria que se dilata al otro lado del Eufrates. Ignóranse los sucesos de su niñez, y solamente se sabe que fué de familia distinguida en el país, tanto por su opulencia como por su inviolable adhesión á la religion católica en aquellos desgraciados tiempos en que las herejías despedazaban y asolaban la combatida Iglesia del Oriente. Aprendió con igual facilidad que perfeccion así la lengua como las ciencias de los griegos, prueba no dudosa de la escelencia de su ingenio, así como lo fué de la inocencia de sus costumbres el ardiente deseo que tuvo de sacrificarse á Dios desde su misma niñez.

A los veinte años escasos de su edad era el ejemplo y la admiración de Edesa por su sabiduría y por su virtud. Sintióse movido á visitar los santos lugares de Jerusalem, á cuya ciudad concurrían todos los años así los edesanos como los demás pueblos de la comarca, singularmente el día de la Exaltación de la santa Cruz, cuya fiesta se celebraba con grande solemnidad. Juntóse con un amigo suyo, llamado Juan, para emprender juntos este devoto viaje. A vista de aquellos preciosos instrumentos de nuestra eterna dicha, y de los sagrados lugares donde se obraron los grandes misterios de nuestra redención, se renovaron en el corazón de Simeon todos los fervorosos afectos de la mas tierna piedad; y á estos virtuosos impulsos de la gracia se siguió inmediatamente el tedio y el disgusto á todas las cosas del mundo. Acabada la fiesta, y habiendo cumplido nuestros peregrinos con su religiosa devoción, tomaron la vuelta de su tierra por el valle de Jericó, donde descubrieron gran número de monasterios fundados á las riberas del Jordan. Suspendiéronse á vista de un espectáculo de tanta edificación; comenzaron á hablar de lo dichosos que eran aquellos hombres ángeles que los habitaban; las reflexiones escitaron los movimientos, y tras estos naturalmente se les encendieron los deseos de imitarlos.

¡Felices hombres (decían) los que pueblan estos desiertos, distantes del tumulto, exentos de los vaivenes, y á cubierto de las inconstancias tan comunes en el siglo! ¡Qué santa será su vida, qué dulce, qué tranquila su preciosa muerte! No hay en el mundo hombres mas afortunados. ¡Con qué gusto, dijo nues-

tro Santo, *ira yo á visitar á estos ángeles humanos! Con mayor, replicó Juan, los imitaria yo. Pues vamos á verlos, añadió Simeon, que acaso nos concederá el cielo esa gracia.* Tomada esta resolución, despidieron los criados con los caballos, y desviándose del camino real, siguieron una estrecha senda que guiaba á los monasterios.

El primero que encontraron fué el de S. Gerásimo, cuyo abad era S. Nicón. Hallaron á la puerta un venerable anciano que los recibió con tanto agrado, con tanto amor y con tanta alegría como si ya los estuviese esperando por revelacion divina. Observaron el profundo silencio que reinaba en el monasterio, el grato y cariñoso recibimiento que los hizo el abad, la modestia, y no sé qué aire de santidad que resplandecía en todos los monjes, su humildad, su mortificacion, y en medio de tanta austeridad una dulzura y una celestial alegría. Todo los admiró, todo los enamoró, y desde el mismo dia tomaron la resolución de no volver mas á Edesa, y dejarlo todo por amor de Jesucristo.

Creciendo por instantes su fervor, se declararon con el abad, repitiéndole tan vivas las instancias para que los admitiese en el número de los religiosos, que al fin los cortaron el cabello, y se les dió el hábito de monges. Fué tanto el fervor con que emprendieron su noviciado, y tan rápidos los progresos que en breve tiempo hicieron en el camino de la perfeccion por su fiel correspondencia á la gracia, que á pocos dias los proponian por modelos.

Sin embargo de ser tan austera la vida que se profesaba en aquel célebre monasterio, todavía le pareció á Simeon demasadamente suave; llevábale la inclinacion á mayor retiro, y explicándose con su fiel amigo, le dijo que se sentia interiormente movido á ir á acabar sus dias en alguna soledad mas retirada y mas áspera. *Pronto estoy á seguirte,* le respondió Juan; *mas para no proceder con ligereza, y para conocer si es de buen espíritu ese impulso, seria yo de parecer que lo consultásemos con nuestro santo abad, y una vez que él lo apruebe, aseguramos el acierto. Vengo en ello,* replicó Simeon, *vamos á declararle nuestro intento, y nos conformaremos ciegamente con su resolución.* Era el santo abad un hombre dotado de gran discrecion de espíritus, y desde luego comprendió que lo que se le proponia no nacia de ilusion ni de ligereza, pareciéndole tan clara la legitima vocacion de Dios, que no debia oponerse á ella; y así, abrazándolos tiernamente, y dándolos su bendicion, les dijo: *Id, hijos míos, en buen hora, y seguid al Espíritu Santo*

que os conduce al desierto, procurando ser fieles á gracia tan singular.

Con este seguro pasaporte partieron alegres los dos solitarios, y tomaron su camino hácia el mar Muerto; en cuyas márgenes, despues de haber caminado algunos dias, hallaron una celdilla abandonada por haber muerto poco tiempo antes el anacoreta que la ocupaba; y pareciéndoles ser aquella la estancia con que los brindaba la divina Providencia, hicieron alto en ella, rindiendo mil gracias al Señor por habérsela preparado.

Toda su ocupacion se reducía á ejercicios de oracion y de penitencia; aquella era de todas horas, y el sueño que tomaban recostados sobre unas piedras apenas la interrumpia. No era posible vida mas penitente; el ayuno era continuo, y el poco alimento que tomaban nueva y no poco rigurosa penitencia. En fin, á su vida, en todo parecida á la de los primeros fundadores del estado *monacal*, solamente la faltaba la prueba de la tentacion. Preparósele el infierno abundantemente con todo género de ellas; la memoria de lo que habian dejado, la absoluta falta de todo, el tedio, el disgusto y las mas vergonzosas tentaciones los hubieran sin duda derribado, á no haberlos sostenido la divina gracia. Traian continuamente á la memoria el objeto de su primera resolución, el ejemplo de tantos Santos, y el fruto que perderian de tantos trabajos padecidos; pero su principal recurso era la oracion: animábanse recíprocamente en sus santas conversaciones; aumentaban las penitencias, y al paso de ellas crecía su confianza en el Señor, en cuyos medios, y con el auxilio del cielo, consiguieron en fin una completa victoria.

Casi diez y nueve años habia que nuestros dos solitarios vivian en aquel espantoso desierto, entregados totalmente á los ejercicios de la mas dura penitencia, cuando de repente le asaltó á Simeon un vivísimo pensamiento de abandonar la soledad, y de irse á meter en medio del mismo mundo, para combatirle cara á cara con un género de armas verdaderamente poco usadas hasta entonces. Era su idea fingirse loco, y humillarse voluntariamente á los ojos de los hombres con afectadas demostraciones de una locura aparente, para confundir (decia él) con esta humillacion la vana sabiduria de los hijos del siglo, y atacar el orgullo humano en sus últimos atrincheramientos. Comunicó este plan con su amado compañero, que sobresaltado al oír resolución tan extraordinaria, no omitió razon alguna para desviarle de ella; pero nuestro Santo se mantuvo inflexible en su meditado intento. *Es cierto,* decia Simeon, *que es oscura, y que no*

deja de ser penitente la vida que aquí hacemos; pero mi amor propio se acomoda en esta quietud, y hasta el orgullo como que no deja de fomentarse con la misma penitencia. A mí nadie me ejercita; ¿y quién saldrá por fador de que al cabo llegaré á domar este enemigo casero? Juan por el contrario, le hacia presente cuanto juzgaba debía representarle contra un proyecto tan extraño como reshaladizo; el tierno amor que profesaba á tan caro compañero le sugeria mil razones tan sólidas como eficaces para disuadirle aquella idea; los peligros á que se esponia, los lazos del enemigo comun, y la facilidad de descaminarse por una senda tan desconocida como poco trillada; pero la inspiracion era tan fuerte, y la voz de Dios al corazon se percibia tan clara, que no le fué posible hacer mella en Simeon. Separáronse, en fin, los dos tiernos amigos, deshaciéndose en dulces lágrimas, pero con reciproca palabra de volverse á ver antes de morir. Nuestro Santo partió segunda vez á visitar los santos lugares de Jerusalem, donde renovó su resolucion con la memoria de los abatimientos y humillaciones que padeció el Señor en aquella ciudad, queriendo tambien ser reputado por loco en la corte del rey Herodes; y desde Jerusalem se fué derecho á Emesa de Siria, donde pasó el resto de su preciosa vida.

Desde aquel punto fué el único objeto de su santa ambicion todo aquello que le podia hacer despreciable á los ojos de los hombres. Dió principio á su representacion mezclándose con los muchachos y con los niños, jugando con ellos en las calles y plazas públicas. Afectaba mil estravagancias en medio del populacho; metiase en los corrillos, y trataba conversaciones tan ridiculas como impertinentes; fingia unos movimientos, un aire, una conducta y unos modales tan risibles, tan estafalarios y tan opuestos á toda buena razon, que unos le tenian por tonto, otros por loco, y los mas eran de parecer que tenia de uno y de otro por iguales partes.

No hay hombre tan ambicioso de aplausos, como nuestro Santo lo fué de abatimientos y desprecios. Hecho la risa del pueblo y el juguete de los muchachos, todo su gusto era verse harto de oprobios, y cuando á estos se añadian los palos, que no eran pocas veces, entonces brincaba de contento y se reia. Teniase esta insensibilidad por prueba concluyente de su locura, y lo era de su heroica virtud.

No era su único fin hacerse despreciable á los ojos de los hombres; pretendia tambien ganar almas á Dios por medio de cien industrias. Algunas veces quedaban todos admirados oyéndole entre sus estravagancias muchas verdades importantes que ha-

cian impresion, y algunos se aprovechaban de ellas. De manera, que aquella aparente locura, en suma, era un velo con que cubria las gracias que le hacia Dios, y un artificio variado, por una parte para ocultar, y por otra para asegurar el éxito de muchas buenas obras. Buscaba algunas veces las mujeres perdidas, dábales del dinero que recogia, divertíalas con sus graciosos desvarios, y todo era por hallar ocasion para reprenderlas su desordenada vida; medios irregulares y extraordinarios, que en otros serian perniciosos, y á Simeon le salieron tan bien, que el imaginado loco hizo cuerdos á muchos, sacando del infeliz estado de la culpa á muchas personas de todas clases y edades, y retirando del vicio á no pocos jóvenes disolutos, y á no pocas mujeres perdidas; pero de nada se guardaba tanto Simeon como de que llegasen á conocer lo que verdaderamente era.

Cuando se encontraba en la calle con algunos energúmenos, conociendo que el Señor los queria librar de aquel trabajo por su intercesion, mezclábase entre ellos, remedaba sus gestos, contorsiones y movimientos; si ellos gritaban, él gritaba mas que todos; y por este medio se hallaban libres del maligno huésped que los molestaba, sin que á ninguno se le ofreciese que por sus méritos les concedia el cielo aquella gracia.

A la sombra de este diluvio de abatimientos ocultaba tambien sus rígidas penitencias. Su ayuno era riguroso con exceso; por lo comun se le pasaban tres dias naturales sin comer ni beber, y algunas veces toda la semana. Entrábase en los figones públicos; sentábase á la mesa con los hombres mas perdidos; teníalos divertidos con sus graciosos dichos y estravagancias, sin que advirtiesen que no comia bocado; encajáales á vuelta de eso unas verdades y unos desengaños que los pasaban el alma, pero sin conceder jamás la menor indulgencia á sus sentidos. En medio de una vida al parecer tan dispada, nunca se dispensó en sus mortificaciones ordinarias, ni perdió un punto de su recogimiento interior. Dormia no mas que dos ó tres horas por la noche, sin mas cama que unos manojos de sarmientos, pasando lo restante en oracion, acompañada siempre de copiosas lágrimas. Muchas veces le veian como estático, fijos los ojos en el cielo, encendido el rostro á violencias del divino fuego que interiormente le abrasaba; pero tenia tal arte para disfrazar estas esterioridades, que todas se atribuian á efecto natural de su locura.

Comunicóle Dios muchos dones sobrenaturales, y entre otros el de profecia, con el que pronosticaba las cosas futuras; pero

siempre rebozándolas de manera que no despertase la curiosidad, ni causase admiracion. Entró un dia en cierto edificio público sostenido de muchas columnas, llevaba un látigo en la mano, y comenzó á dar grandes azotes á algunas de ellas, diciéndolas al mismo tiempo: *Teneos firmes, que presto os harán bailar.* Así pronosticó un violento terremoto que sucedió pocos dias despues, y se notó que cayeron en tierra todas las demás columnas menos las que el Santo azotó.

A semejante aire profetizó el estrago que hizo la peste en Emesa, diciendo á muchos niños de la escuela que se dispusiesen para hacer un viaje largo; y fueron puntualmente los mismos á quienes el contagio echó en la sepultura. Curó repentinamente á no pocos enfermos sólo con hacer de loco á vista de ellos. En fin, su mayor estudio era disfrazar todo lo bueno que hacia, y salió tan eminente en este divino arte, que como observa con discrecion el autor de su vida, aquel mismo Señor, que acostumbra hacer milagros para manifestar á sus Santos, parece que cada dia hacia muchos mas para oscurecer á éste. Sin embargo, algunos siervos de Dios mas iluminados no dejaban de descubrir su heroica virtud por entre los celajes de su profunda simulacion. Finalmente llegó á tanto la insaciable hambre de verse humillado, que habiéndole acusado una mujer de mala vida, imputándole ser padre del fruto que tenia en sus entrañas, no solo sufrió el Santo esta confusion sin alegar una sola palabra en su defensa, sino que se portó de un modo extraño, haciendo creer á los incautos que la acusacion nada habia tenido de calumnia. Pero volvió el Señor por su inocencia, atormentando á la infeliz mujer con tan crueles dolores en su parto, que jamás pudo dar á luz la criatura hasta que públicamente se desdijo, declarando quién era su verdadero padre.

Advertido Simeon por revelacion divina de su cercana muerte, quiso cumplir la palabra que habia dado á su antiguo y fiel amigo de que le volveria á ver antes de morir, y partió al punto á su primera soledad. Quedó agradablemente sorprendido su amado compañero cuando le vió en su presencia; abrazáronse tiernamente, y fueron las dulces lágrimas de entrambos intérpretes fieles de su reciproco gozo. *Vesme aquí,* dijo Simeon, *que por la gracia de mi Señor Jesucristo he acabado mi carrera, hallándome ya al fin de ella; vengo á cumplir mi palabra, y á darte el último abrazo.* A estas palabras volvió á renovar el llanto; pero le interrumpió la relacion que hizo Simeon de las grandes misericordias que Dios habia obrado con él, y de todas sus no menos raras que ejemplares aventuras. Admiró el

bienaventurado Juan los extraordinarios caminos de la divina Providencia; bendijo mil veces al Señor, y despues de recomendarle los dos reciprocamente en sus oraciones, se volvió Simeon á Emesa, donde hizo reservada confianza de toda su vida al huésped que le tenia en su casa, y era un diácono de aquella iglesia, hombre caritativo y piadoso, que ya habia sospechado se ocultaba algo de extraordinario en la conducta de Simeon. Exigióle un inviolable secreto por toda su vida, y le suplicó le permitiese retirarse algun tiempo á cierto rincon muy escondido de la misma casa.

Pasados dos dias sin que el Santo pareciese, quiso saber el diácono si estaba malo; pero hallóle ya difunto, y cubierto con los sarmientos que le servian de cama. Ya todos estaban desengañados de lo que verdaderamente era Simeon, manifestada visiblemente su heroica santidad, por lo que fué su muerte acompañada de la pública veneracion, y el Señor acreditó sus merecimientos con muchas maravillas. Fué elevado el santo cuerpo del cementerio donde le habian dado sepultura; y publicando cada uno lo raro y prodigioso que habia observado en aquel siervo de Dios encubierto, fácilmente se reconocieron los primorosos rasgos de una sabiduría cristiana, escondidos con el velo de una simpleza aparente. Consagró la Iglesia universal su memoria con el honor del sagrado culto que le decretó; y no parece posible suba á mas elevado punto el amor y la ansia de los abatimientos, que el que admira nuestra veneracion y nuestra confusion en este singular Santo.

SAN AARON, PROFETA.

AARON, que se interpreta *el que enseña*, fué de la tribu de Levi, hijo de Amram y de Jocabed, y nació en Egipto, el año 1574 antes de Jesucristo. Fué asimismo hermano mayor de Moisés y casado con Isabel hija de Aminadab, y hermana de Naaron, de la cual tuvo cuatro hijos. Era muy elocuente, por lo cual se lo dió Dios á Moisés, que era impedido de la lengua, para que hablase por él al pueblo lo que de parte de Dios le era mandado que les dijese; y lo mismo fué con Faraon al tiempo que se procuraba la salida de los hebreos de Egipto, y las primeras tres señales que se hicieron delante del rey fueron hechas por manos de Aaron.

Estando despues los hebreos en el desierto y Moisés en el monte Sinai, adonde por mandado de Dios habia subido á recibir la ley escrita en dos piedras para notificársela al pueblo, co-